Jacobo Bergareche, escritor

“Decimos otra cosa, pero el exterminio de medio millón de negros nos importa un huevo”

Cada año desde 2012, en vísperas de Nochebuena, Jacobo Bergareche organiza una comida en recuerdo de su hermano, asesinado en Angola. Un homenaje que inevitablemente termina en una partida de cartas. “De todos los empeños por rescatar algo de él, el que de la manera más inopinada logró el truco de devolvernos un poco de alegría (…) fue el Torneo memorial de mus Roque Bergareche Mendoza”.

En la de hace un par de años, Bergareche entabló amistad con el guineano encargado del local en el que se reunían. Amadou le contó cómo había escapado de su aldea siendo un niño, para emprender un viaje que le costó la vida a varios de sus compañeros. De aquel encuentro fortuito surgió este recomendable *Tío grande* que acaba de publicar Libros del Asteroide.

Un volumen de difícil catalogación, que supone para el escritor una vuelta a los orígenes, al registro íntimo de su primer libro. Un ejercicio memorialístico concebido con ternura y escrito con grandes dosis de humor. Un par de frases casi al comienzo explican el espíritu del libro: “Me convertí en escritor porque murió mi hermano”, y esta otra: “Con los años he construido varias versiones para cuando me preguntan cómo murió”.

–Entonces, ¿esta es la versión definitiva de aquello?

–Seguramente. Ya había contado lo de Roque en *Estaciones de regreso*, que también era un libro muy vivencial, y no creo que vuelva sobre el tema. Revivirlo ha sido jodido para todos.

–¿Cómo se escribe sobre la propia familia?

–Pues con un poco más de cuidado.

–Lo pregunto porque hay casos como los de Vilas o Carrère, en los que la cosa ha acabado regular.

–No sé… A mí este libro me ha servido para completar el duelo, pero entiendo que revivir ciertas cosas puede resultar doloroso para los implicados.

–*Tío grande* funciona a ratos como autobiografía, a ratos como novela de viajes y hasta de aventuras.

–Sigue el esquema de los clásicos, el viaje del héroe. El héroe, claro, no soy yo, sino Amadou, a quien conocí en unas circunstancias que nos hicieron conectar a un nivel profundo. Los dos habíamos sufrido pérdidas muy traumáticas y, de alguna manera, eso nos hermanó súbitamente. Y es verdad que hay varios viajes. Uno de ellos tiene que ver con el mecanismo psicológico del duelo. Los otros son geográficos: el de Amadou, de Guinea a Melilla, y su entrada a nado en España, y, por último, el que emprendimos juntos hasta Conakri y después a Bominí, una aldea tan remota que no aparece en los mapas.



Jacobo Bergareche, durante la presentación de *Tío grande* en la librería Cámara

–Sí que le conmovió aquel breve encuentro.

–En realidad fue mi editor, Luis Solano, quien me animó a contar más a fondo la historia de Amadou, que ya había esbozado en otra ocasión. Me sugirió que dejara de escribir sobre matrimonios pijos y sus cuitas pequeñoburguesas. Y tenía razón, porque en la peripecia de Amadou sí que hay una gran historia. A los blancos ya no nos pasan cosas. Los europeos nos hemos adocenado, nos hemos vuelto fofos y muermos. En cambio, cualquiera de estas personas invisibles a quienes encargamos las tareas más ingratas tienen una historia de la hostia. Verdaderas odiseas modernas. Atraviesan medio África, a menudo recurriendo a mafias que trafican con personas… Tardan años en llegar ‘al país de los blancos’, como lo llamaban Amadou y sus amigos.

> **“Conecté tanto con Amadou porque nuestros traumas eran similares”**

–La inmigración es, de algún modo, el tema último del libro.

–Puede que lo sea, pero ni ésta es una novela política ni está escrita desde ninguna clase de compromiso o activismo social. Sería oportunista por mi parte decir lo contrario. Trato un tema que, por desgracia, últimamente abre los telediarios, y en mi relato destaca la enorme dignidad de los Amadous, a quienes no prestamos la menor atención. Pero no pretendía teorizar ni dar lecciones. Tampoco quería caer en la romantización, la pobreza, ni en su opuesto, la pornografía de la miseria. Solo contar a este inmigrante en concreto, y cómo su historia se entrecruzó con la mía.

–Repite mucho eso de la invisibilidad.

–Es que no le importan a nadie. Sus familias están a miles de kilómetros, y el desarraigo es muy jodido. No son de aquí, probablemente nunca lleguen a serlo, pero cuando vuelven de visita a sus países tampoco se sienten en casa. Insisto en que no quiero hacer una categoría de este caso concreto, ni encabezar ninguna causa. De hecho, tuve serias dudas sobre si era legítimo apropiarme de esta historia o si me iban a cancelar por no sé qué.



> **“Sería oportunista inventarme una lectura política o social de mi novela”**

–¿A qué se refiere?

–Hay gente con una visión muy restrictiva, que en aras de una supuesta corrección política pontifica que sólo un actor gay puede interpretar a un gay, o que sólo un traductor negro puede traducir a un escritor negro. Es un disparate, pero lo acabamos normalizando. Yo llegué a plantearme si podría ser ofensivo contar la historia de alguien tan desfavorecido siendo yo un absoluto privilegiado. Pero, de eso va la literatura, ¿No? Nos llenamos la boca con ese discurso buenista, pero la realidad es que todo lo que tiene que ver con África nos resulta enormemente ajeno. Toma el ejemplo del genocidio de Ruanda, la gente no sabe si fueron los hutu quienes masacraron a los tutsi o viceversa. Fingimos escandalizarnos, nos colocamos chapitas en la solapa, pero la verdad es que el exterminio organizado de medio millón de negros nos importa un huevo.

–Y a Amadou, ¿qué tal le va?

–Pues bastante bien.

Miguel Artaza